

## **Viernes a la Noche**

El regreso de Juan se fue dando de poco. Lo primero en volver fue el sonido particular de sus pasos recorriendo el pasillo. Carlos fue el primero en notarlo, generalmente después de las ocho.

A la semana la casa había sido invadida por un aroma sutil, apenas perceptible, que llenaba las habitaciones con una presencia informe: la colonia que usaba Juan, su olor regresando en silencio, sin un foco definido. Cuando por las tardes los mayores tomaban mate alrededor de la mesa del patio, siempre alguien interrumpía las triviales conversaciones cotidianas, al percibir aquel perfume, para comentar alguna anécdota que recordaban de Juan. Los más jóvenes no habíamos llegado a conocerlo, pero sabíamos casi todo lo referente a su paso por la casa a través de las historias que contaban los mayores... mis hermanos y yo nos reíamos de algunas de ellas haciendo enojar a la tía Elena, y nos preguntábamos que nos ocultaban de lo que ellos llamaba “aquella noche triste”. El aroma a colonia crecía y con él los comentarios, y las dudas. Luego de unas semanas nos fuimos acostumbrando, y generalmente nos limitábamos a hacer notar su presencia.

Fue al poco tiempo que María comenzó a quejarse porque alguien le cambiaba los vasos y cubiertos de lugar. Toda precaución para evitarlo fue en vano. Aunque no puede negarse que siempre todo aparecía limpio, y a veces húmedo como si acabasen de ser lavados. A la semana de los cambios en la cocina los pasos se escucharon también de mañana y no solo por el pasillo.

La habitación donde había estado el precario taller de Juan, y que ahora se utilizaba para guardar cosas sin uso, volvió a plagarse con el ruido característico, monótono y constante máquinas y herramientas inexistentes. A estas alturas ya nadie dudaba de que Juan estaba volviendo lentamente, día a día recobrando su lugar en la casa. En los días posteriores su presencia sería aún más concreta. Sin embargo, a pesar de ser el suyo un retorno sin aviso, a nadie le molestó tenerlo de vuelta. Un domingo la familia se reunió en la cocina a discutir el tema. Quedamos en que todo seguiría igual; si Juan venía a quedarse

tendría que adaptarse al modo de vida que llevábamos, tal como nosotros nos habíamos acostumbrado a sus ruidos, sus olores, sus mañan...

Recuerdo que entonces María preguntó si alguien lo había visto. Había huellas suyas por todos lados, de todo tipo, pero ni una imagen fugaz, ni un reflejo, ni una sombra de aquel que recorría la casa sin preocuparse de nuestra existencia.

Precisamente esa noche Carlos lo vio asomarse a la puerta de su cuarto (Carlos como hermano mayor, era el único que dormía solo, yo compartía el cuarto con mi hermano Raúl y uno de mis primos, de la misma edad). Sorprendido intentó un gesto de saludo, pero Juan lo atravesaba con la mirada como si no lo viera. La avejentada cara desapareció a la vez que la puerta se cerraba. Ese fue el primer contacto visual.

Al día siguiente, como quien no quiere la cosa, el incidente se fue comentando. Roberto, mi primo, y yo estábamos ansiosos por verlo y a los demás no les faltaba ganas. Carlos fue metódicamente interrogado por los más grandes, y acosado por nuestros primos que quería saber más sobre el nuevo “inquilino”.

Pero pasados unos días todos habían tenido la oportunidad de seguirlo con la mirada mientras recorría el pasillo rumbo a la cocina, para tomarse unos mates. Se repitieron encuentros como los que había tenido Carlos y, a veces, alguno recibía respuesta a los saludos o preguntas que había hecho. Pronto Juan fue reconociendo nuestra existencia como paralela a la suya y fue posible charlar algo con él. Sin embargo, era común que nos cambiara los nombres por los de aquellos que habían vivido en la casa en su misma época (eso fue motivo de bromas entre mis hermanos, mis primos y yo). A María le decía Elena, porque nuestra tía era la más joven entonces.

Las relaciones se fueron estrechando. Siempre le guardábamos un lugar en la mesa, aunque nunca lo ocupó porque al parecer comía en su cuarto-taller que había tomado sin permiso y al que ninguno se animó a entrar desde su regreso. No causaba problemas y los que no lo habíamos conocido le fuimos tomando cariño. Por la noche jugaba conmigo al truco, hasta bien tarde; y cuando mamá, al ver la luz

encendida, me gritaba que me fuera a dormir, guardábamos todo y nos íbamos corriendo a nuestros respectivos cuartos. Al despedirse siempre me regalaba una sonrisa cómplice y me guiñaba un ojo.

Los domingos, a veces, Juan se sumaba a las charlas familiares en el patio, solo para decir cosas sin mucho sentido y nombrar a personas muertas hace tiempo. Carlos, que es un tipo de fijarse en los detalles, fue él el primero en descubrir que desde el regreso de Juan la casa estaba “rejuvenecida”. La humedad de las paredes del fondo había desaparecido, las plantas del patio crecían como nuca, y las canillas del baño del fondo habían abandonado sus largas serenatas de goteo nocturno.

Las cosas se mantuvieron así por aproximadamente cuatro meses y medio. Luego, un viernes por la noche, notamos un cambio en la rutina diaria. Juan no había salido en todo el día de su cuarto, y se habían incrementado los ruidos de trabajo. Este exceso de actividad nos llamó la atención, y comentábamos este detalle en la sala cuando escuchamos que golpeaban a la puerta. Mamá fue a abrir y al instante escuchamos sus gritos y otros que profería un hombre robusto que, aprovechando nuestra confusión, avanzaba por el pasillo hacia la habitación de Juan.

-- Salí, no te escondás -- decía desafiante -- si me lo das no te va a pasar nada --

Carlos y Roberto trataron de detenerlo, pero con dos buenos empujones se deshizo de ellos. Los demás había salido también al patio y lo veían pasar sin atinar a nada. Tenía bigote y vestía un traje gris, parecía furioso. Llegó hasta la puerta y al descubrir que estaba cerrada la abrió de una patada. Se encontró con la imagen de Juan, asustado, sosteniendo una cadena muy fina de la cual colgaba un medallón dorado con piedras de colores, que oscilaba sobre la boca de un frasco con un líquido oscuro.

-- Mirá que lo tiro... lo hago pelota... -- digo temerosamente.

El hombre no dudó en avanzar hacia Juan, como si no creyera posible la amenaza. Amuchados en la puerta vimos caer el medallón en el líquido y al intruso perder esa actitud segura con que había llegado. Se abalanzó sobre la mesa, dudó un poco y buscó la manera de sacar la pieza sin meter la mano dentro del

líquido, que supusimos algún tipo de ácido corrosivo. Entre las herramientas de Juan encontró una pinza con la que extrajo el medallón, totalmente deformado y al que le faltaban algunas de las piedras.

Papá, que se había llegado último hasta donde estábamos, increpó al hombre, para que explicara el por qué de su irrupción, y levantando la voz lo invitó a salir por donde había venido. Él ni lo miró, estaba absorto viendo la pieza carcomida y deforme, como si eso no fuera posible. Levantó la vista buscando a Juan, que aprovechando esta situación se había deslizado hacia la puerta principal con algo envuelto en papel de diario. Había pasado junto a nosotros sin que lo notáramos, expectantes como estábamos de lo que fuera que hiciese el extraño visitante, que al notar la desaparición de Juan se lanzó hacia donde estábamos y pasó entre nosotros sin que pudiéramos resistirlo. Papá le arrojó al hombre un puñetazo, pero no logró acertarlo.

-- Dame el medallón, que te reviento. A mi no me vas a engañar con copias baratas de las que vos hacés -- gritó. Una vez en el patio sacó un arma que llevaba enfundada debajo del saco. Y apuntó a Juan sin dudar. -- Dámelo, basta de juegos --

Juan se detuvo cuando ya llegaba a la puerta. Se dio vuelta temblando.

-- Mirá, no... , no tendrías que habértelo llevado, ella... , no podés... --- Explicaba mientras se acercaba extendiendo el paquete mientras una lágrima temblorosa empezaba a resbalarle por la mejilla.

Tía Elena llorando suplicaba “otra vez, no, por favor”. Nunca la habíamos visto llorar. El hombre simplemente la ignoró y cuando tuvo en sus manos lo que quería apretó el gatillo sin siquiera pestañear. Todos retrocedimos temerosos por nuestras vidas. El hombre siguió sin tenernos en cuenta, su atención puesta en el movimiento pendular del medallón, colgando de la cadena. Tampoco se percató que una mujer con ropas pasadas de moda entraba por la puerta semi-abierta, con expresión fuera de sí, al ver el cuerpo inmóvil de Juan. Llevaba en la mano un enorme cuchillo de cocina, que fue a hundirse con fuerza inesperada en la espalda del hombre distraído. Él Cayó bruscamente, tratándose de extraer el filo de la

espalda, pero sin lograrlo, mientras ahogaba un grito de dolor. Ella tiró del mango y volvió a clavar el cuchillo repetidas veces, y solo se detuvo cuando el extraño dejó de moverse.

Juan aún jadeaba, en un último intento por hablar. Ella se inclinó sobre él para oírle bien. Desde donde estábamos ( donde el pasillo y el patio se unen) no pudimos escuchar mas que un murmullo entrecortado, y las respuestas, muy dulces y suaves de la mujer, que lo abrazaba como a un niño. Hubo un último suspiro y yo entonces supe que Juan había muerto, que ya no habría más historias, que no más partidas nocturnas de truco, que no me sonreiría más. Sentí de golpe todo el dolor de esa pérdida; y sin embargo no me acerqué, ninguno lo hizo; nadie se movió.

Mientras nos hundíamos en el silencio, que solo rompía el llanto entrecortado de tía Elena, las tres figuras que ocupaban el centro del patio se fueron desvaneciendo como si nunca hubiesen estado allí. Algunos nos restregamos los ojos, para correr las lágrimas y ver si era cierto lo que ya no veíamos.

Al instante comenzó a llover. Vimos, o creímos ver, la sangre lléndose hacia la rejilla. Y después solo agua, el agua lavándolo todo. Nos quedamos ahí, mojándonos, hasta que alguien (no recuerdo quién) reaccionó y nos empujo hacia el comedor.

Esa noche todos lloramos un poco. Los más fuertes, los más jóvenes. Cada uno se refugió en si mismo. Los grandes se sentían culpables por no haber reaccionado ante algo que ya habían vivido antes, pero que no querían aceptar. Papá y tía Elena, desde el regreso de Juan, habían temido por esa noche, y al final, no habían hecho nada. Volvieron las goteras, los vasos ya no cambiaron de lugar, no más ruidos en el pasillo por las noches, ni en el taller de Juan, que volvió a ser el cuartito de las cosas sin uso.

No tuvieron más opción que contarnos lo que sabían acerca del final de Juan, del por qué de todo aquello que habíamos visto, cuya razón no comprendíamos. Aquel desconocido se llamaba Antonio Rey, el “Tony”, conocido galán que enamoraba a mujeres ricas y casadas para finalmente hacerse con su dinero y joyas. Luego se las arreglaba para desaparecer un tiempo y las víctimas, por miedo al escándalo y a sus maridos callaban o inventaban cualquier cosa. Juan lo conocía de la infancia: habían ido juntos al colegio y

después se habían visto una que otra vez por el barrio. Pero como Juan se había dedicado a la joyería, Tony aprovechó la vaga relación para encargarle imitaciones de las joyas que robado, para intercambiarlas por las verdaderas y ocultar la desaparición por un tiempo. Juan no sabía nada de esto, le había hecho creer que tenía una casa de empeños por el centro y que algunas mujeres que se veían obligadas a vender sus joyas le pedían estas imitaciones para que en los círculos que frecuentaban no notasen su decadencia. Esta relación comercial duró sin complicaciones más de un año, sin que nunca Juan sospechase nada, tan ingenuo era, hasta que Tony empezó a frecuentar a distinguida señora del barrio, que Juan amaba en secreto. Alguna vez le pregunté por ella. Me la describió como si se tratara de un ángel. Al parecer ella le había ayudado cuando estuvo sin trabajo, recomendándolo a la parroquia para la limpieza y restauración de las delicadas piezas del altar mayor, cuyos gastos cubría una generosa donación de la familia de la dama.

Sin embargo, un marido veinte años mayor y muy ocupado, le dejaba mucho tiempo libre, y mucha insatisfacción. Solo eso me permite imaginar una relación tan dispar como la de Ana, así se llamaba, y Tony. Entrar en detalles en la misma es sumergirse en un sinfín de interrogantes, y es tanto lo que puede decirse, que mejor es no decir nada. Lo cierto es que él finalmente consiguió su objetivo: apoderarse de un valioso medallón con piedras preciosas, sin que ella se diese cuenta, ya que muchas veces lo dejaba solo en su habitación donde guardaba la joya.

Cuando le llevó la pieza a Juan no sabía que él ya la conocía, porque Ana se lo había llevado una vez para cambiar el gancho y sacarle brillo. Creído de la historia de la casa de empeños, pensó que su protectora estaba en apuros económicos. Alarmado por tal posibilidad y sin decir nada a su “amigo” decidió visitar a la señora para ofrecerle su ayuda, la que fuera, si es que la necesitaba.

Una vez en la casa no supo como encarar la situación y se limitó a mostrarle el medallón y contarle cómo había llegado a sus manos. Ella corrió al dormitorio y comprobó que la caja donde lo guardaba estaba vacía. Entonces ella, contrariada le confesó su culpa, y ambos comprendieron la verdad.

La idea de Juan fue simple, demasiado: Hacer dos imitaciones, una de muy buena calidad y otra un poco desprolija. La primera debía de pasar por el original y segunda por la copia pedida. Quizás cuando Tony descubriera la falsificación pensase que eso había robado (entonces ¿como no se había dado cuenta Juan?). Obviamente el engaño no prosperó y los hechos fueron los de aquella noche triste...

La mujer encaró a Tony esa noche y puso fin a la relación amenazándolo con ir a la policía. Él se rió porque, le dijo, ella perdería más que él si se hacía público todo aquello. Después buscó el medallón en su caja, pero estaba vacía. Salió sin decir más nada. Ella penso lo peor, y salió enloquecida de la casa, ya sin miedo al que dirán, e instintivamente al salir se hizo con un cuchillo de la cocina. Cuando llegó a la casa encontró la puerta abierta, pero antes aún escuchó el disparo. Al entrar vio a Juan desfalleciente y la espalda del Tony, obsesionado con su botín. Y no lo pensó.

A ella le dieron unos pocos años, teniendo en cuenta la situación. Pero se suicido al mes de entrar en la prisión. Nadie lloró la muerte de Antonio Rey, por el contrario hubo quien respiró aliviado. Pero no fueron pocos los que lamentaron la partida de Juan, especialmente en estas circunstancias. La vida de la casa fue melancólica y triste después de esos días. Todo les recordaba a Juan y a aquella noche de la que justamente trataban de escapar.

El tiempo borra, aunque sea superficialmente, las heridas y para cuando nos tocó a nosotros ser la felicidad de la casa aquella pena ya era muy lejana e ignorada por los más jóvenes. Después vino aquel regreso sin explicaciones, aquellos meses en que nos acostumbramos a su presencia, y de vuelta la muerte de Juan, como si el tiempo no hubiera pasado y la vida no fuera más que una película que uno puede volver a ver...

Hoy el viejo caserón no existe. En su lugar se levanta una elegante casa de dos pisos, con reja y jardín; mi casa, que tanto me costó construir, en donde vivo junto a la familia que he formado y que tanto quiero. Papá vive con nosotros. Carlos tiene un departamento en el centro, una mujer lo tiene cortito y dos

preciosos chicos. María todavía no se casó, pero anda en eso. Raúl se recibió de médico y vive en Palermo. Mis primos están dispersos por ahí, y casi nunca los veo.

Una noche en que no podía dormir escuché el sonido de los pasos por el corredor y supe que había vuelto. A mi mujer le costó mucho comprender que lo mío no era locura, pero a la semana los misteriosos ruidos que se oían a eso de las ocho de la mañana sirvieron para demostrar que no mentía. Digamos que Juan tuvo que acostumbrarse a la nueva disposición de las paredes literalmente a los golpes.

Y ahí estaba él, casi veinte años después, igual que entonces... Lo veo a través de la ventana jugando en el Jardín con mis chicos (tengo tres) y al verme observándolos me sonríe y me guiña un ojo, como cuando era chico. Varias veces estuve tentado a preguntarle por qué había vuelto (ya por segunda vez) y finalmente lo hice una noche mientras todos dormían y nosotros tomábamos unos mates en la cocina.

-- ¿Volver? -- me dijo --- Nunca me fui --

Esta vez, a diferencia de la anterior, las cosas parecen haber envejecido: Algunas canillas se traban y hacen ruido y las ventanas a veces no cierran bien desde la llegada de Juan (quizás la referencia sea la casa en los tiempos de Juan).

María Eugenia, mi mujer, se lleva muy bien con él, a pesar de que le revuelve las cosas en la cocina; y Adrián, mi hijo mayor, ya juega al truco y casi supera a su maestro. Yo los dejo que se queden hasta tarde a pesar de las quejas de mi mujer. Los chicos lo quieren tanto a Juan, se la pasan jugando con él...

Eso sí los viernes a la noche los mando a dormir a casa de su Tío Carlos, y si suena el timbre no vamos a abrir..

***Sergio Alberino***